

LA AURORA

SUMARIO

Sermón Laico.....	L. B.
La reorganización del Liceo.....	F. Ll. B.
Pasatiempo del sábado.....	Figarín.
El Lector.....	M. Gorki
Una carta.....	J. Z. Salinas
Información.....	
Cables.....	

GERENTE: ROBERTO BRENES MESÉN

SERMON LAICO

—LOS JUICIOS—

Es para mí uno de los más penetrantes pensadores La Bruyère.

Este hombre concurre á las reuniones de los grandes, á los salones más distinguidos, observa y anota. Al cabo de mucho tiempo ha terminado su obra maestra *Los caracteres*.

Uno de sus ensayos se llama *Los juicios*, del cual extractamos algunos pensamientos:

No hay nada más bajo ni que convenga más al vulgo que hablar en términos magníficos de aquellos de quienes se pensaba muy modestamente antes de su elevación. El favor de los príncipes no excluye el mérito y no lo supone tampoco.

Es asombroso que con todo el orgullo de que somos capaces y la alta opinión que tenemos de nosotros mismos y de la bondad de nuestro criterio olvidamos servirnos de él para pronunciarnos sobre el mérito de los demás. La voga, el favor popular, el del príncipe nos arrastran como un torrente. Elogiamos lo que es alabado más bien que lo que es laudable.

No sé si hay en el mundo nada que cueste más que aprobar ó ensalzar lo que es digno de aprobación y de elogio, y si la virtud, el mérito, la belleza, las buenas acciones, las bellas obras tienen un efecto más natural y más seguro que la envidia, los celos y la antipatía.

Es preciso hacer como los otros, es una máxima sospechosa que significa casi siempre: es preciso obrar mal desde que se la extiende más allá de las cosas exteriores que no tienen consecuencia, que dependen del uso, de la moda ó del bienparecer.

Si los hombres fuesen hombres más bien que panteras y osos, si fuesen equitativos consigo mismos y con los demás, qué sería de las leyes, de su texto y de sus amontonamientos de comentarios? qué sería de la jurisprudencia? á qué se reducirían todos a-

quellos que deben su relieve y su inflamamiento á la autoridad que se les ha concedido para hacer valer esas leyes? Si esos mismos tuviesen rectitud y sinceridad, si se curasen de las preveniciones, adonde irían á parar las disputas, la escolástica y las controversias? Si fuesen temperantes, castos y moderados, de qué serviría á los médicos su misteriosa jerga de la medicina, que es una mina para quienes la hablan?

Legistas, doctores, médicos, qué caída para vosotros, si todos nosotros pudiésemos ser discretos y previsores!"
La Bruyère. "Le Caracteres," p. 276—9.

LA REORGANIZACION DEL LICEO

Cumple al Gobierno una gran misión que atender en el próximo período escolar. Es innegable que ha habido descontento en lo que respecta á la organización, plan y enseñanza del Liceo, especialmente en los últimos años.

Se impone una reforma que inspire saguridades á la nación. La extensión de esta reforma, el límite de su esfera, la acción de su desenvolvimiento, toca señalarlo á todos y cada uno de los hombres de entendimiento, que se preocupan por el porvenir de este país.

No debe quedar circunscrito á la decisión de un ministro, las bases de estas reformas. Importa mucho que el público vaya conociendo los antecedentes y consecuentes del problema, atacado desde los más antagónicos puntos de vista. La resolución que se adopte, debe implantarse con energía. Es doloroso presenciar el espectáculo de la inconsecuencia, de la indecisión, de la duda, en los que se han impuesto la tarea de señalar la ruta que conviene á nuestra juventud.

Medítese antes. Que no entren en juego malsanas influencias. Si se estima renovador, progresivo, que vengán algunos elementos del exterior para evitar razonamientos y dificultades internas, hágase. Pero quede serena, noblemente tranquila, la actitud de los futuros educadores. Su misión es elevada, y para que en el ambiente del profesorado no broten rencores, ni entre los alumnos se mantengan las rivalidades, apártese todo lo que pueda producirlo.

Dese autonomía completa á los actos del futuro Liceo, y sanciónese con el aplauso público las reformas encaminadas á levantar el sentimiento y la dignidad de los educandos.

F. LLORET BELLIDO.

Pasatiempo del sábado

No, si razón tenía que le sobraba aquel poeta romántico que dijo en estos sentidos y opulentos endecasílabos:

Los hombres y las mujeres
Son la gente peor del mundo.

Y á fe que ese distinguido ingenio supo bien lo que dijo, y aún sospecho que dijo bien lo que sabía. Cuéntenme Uds. á mí que estoy harto de batallar con esa malhadada gente de ambos sexos, sin esperanza siquiera de cambiar de cilindro alguna vez, como no me de la bendita ocurrencia de consagrarme al trato de los monos, que en eso de ser gente, suelen serlo á veces con una perfección incomparable.

Y no vaya á creerse que con este inocente decir aludo á tanto cristiano feliz que anda por ahí con cara de santo varón y alma de mono, imitando hasta el delirio las últimas contorsiones que ha mirado hacer á sus congéneres. Nada más lejos de mi pensamiento que esas alusiones importunas y aviesas, de las cuales he sido siempre decidido adversario por temperamento y por educación, como dijo el otro, el de las arrogancias Napoleónicas que hicieron exclamar á un zorro viejo de mi vecindad: ¡valla con el tiranillo de zarzuela!

Y volviendo á esa otra gente, es decir, á la que con harta razón fué calificada en buenos versos de ser la peor de este mundo, he de declarar aquí con la ingenua franqueza de siempre, que me repugna tanto como las mujeres casadas que se viven en la Iglesia con grave perjuicio para las labores domésticas. O algo más, si cabe.

Porque eso de que todos estén siempre en cruda guerra por quitarme allá ese Ministerio ó esa Dirección ó esa presidencia de cualquier... corporación microscópica, es para reventar al menos gordo, por no decir al menos santo. Que una y otra cosa suelen andar en íntimo consorcio, como lo podrán decir mejor que yo tantos bienaventurados sacristanes que ruedan por ahí.

Ah! Si no fuera la maldita ascensión, otro gallo nos cantara. Todos nos desvivimos por ascender alto, muy alto, hasta donde más se pueda, y todo cuanto creemos que nos estorba para ello, es objeto de nuestra zaña implacable. Y lo peor del caso es que no bien hemos terminado de ultimar á algún buen prójimo que nos estorba, cuando ya vamos nosotros mismos en

descenso bajo las plantas de alguno, más afortunado si no más compasivo que nosotros. El cual no economiza sin sabor alguno de cuanto puede estamarnos en el alma.

¿Y todo para qué? Pues para lograr un triunfo efímero que bien pronto ha de convertirse en suplicio. Subir, subir, subir... ¿Y al fin? de la jornada qué se alcanza? Nada en absoluto. Ni siquiera el poderse uno pasear sabrosamente alguna vez sobre el empedrado de las nubes, como diría cualquiera de mis buenos amigos del Noticiero, y como lo hacen los zopilotes, más feos aunque más libres y felices que nosotros.

En eso de ascensiones, vivo muy desengañado. Así como suena. Y les diré á Uds. en confianza, aquí que estamos completos, que no me aventuraré ya más en una nueva, hastiado como estoy de tantas que he pretendido efectuar en esta vida.

Si no existiera esa malhadada ansia de subir, el pan no se habría puesto tan caro, ni tampoco tan malo, ni los tamales fueran ahora tan pequeños, ni el Liceo — que no es pequeño tamal, ni grande tampoco — andaría como anda, igual que esas personitas adoradas que vuelven locos los hogares cuando comienzan á dar sus torpes y graciosos tases. No estaría tampoco llevándose el diablo por dentro al Colegio de Farmacéuticos y al no menos esclarecido Colegio de Abogados de la República, en los cuales es fama que hay quienes estén pelando la pava y quienes la estén viendo pelar. No habría tampoco acusaciones, ni desafíos, ni palias, ni nada que no fuera besos y abrazos de los prójimos á la primera oportunidad que se encontraran.

Entonces seríamos felices, tanto como deben serlo los puerco, en sus lodazales, ó los diputados sempiternos en sus cómodos sillones, ó los ministros permanentes en sus magníficas carteras de pie de Rusia con filetes dorados. Y en esto de la piel de Rusia, nadie vea una cruel alusión á la desollada que el tuno del Japón le está dando á la libérrima patria de los Czares.

Entonces nos moriríamos más bien del fastidio de la bondad, que es el peor de los fastidios, si he de creerle á un tío mío que vive en Cartago, buenazo y simplote él como un zapote maduro.

Pero nada, que yo sigo en mis trece, ponderando el talento y la perspicacia.